

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA

COLECCION DE FOLKLORE

---

BUENOS AIRES

90

VILLA Gral. LUZURIAGA

Maestro EMILIA M. GARGANO

Escuela N° 57

Fojas 4

---

OBSERVACIONES

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

Localidad. Villa General Guzuiaga

Escuela. N° 57

Nombre del director o maestro. Emilia M. Gayano

Nombre de la que la narró. Don Manuel José de Zabardén.

Edad de esta persona.

Si el maestro sabe que la conocen otras personas.

Otros datos.

### Legenda de Lucía Miranda

Allá por los años de 1528, Gabotto, marinero veneciano al servicio de España, logró, surcando las olas del Plata, salir felizmente de ellas y entrar en las del Paraná, yendo poco después a clavar la bandera de Castilla en uno de los ángulos que forma el último de los citados ríos, como para recibir en sus brazos las aguas del bullicioso Cerezo.

Una vez allí, Gabotto se enseñoreó, a fuerza de hierro, de los dominios que ocupaban los salvajes timbúes; y con el fin de asegurar sus conquistas, levantó el fuerte denominado Sancti Spiritus, primera construcción que en esta parte de la América se encargó de perpetuar la insostenible constancia de los españoles. Tras dos años de formidable lucha y sintiendo Gabotto, sin duda, el dolor de la nostalgia, volvió la proa de sus bajeles con rumbo a España, dejando el citado fuerte bajo la custodia y mando del capitán Don Nuño de Lara.

Entre aquella falange de valientes que con Nuño de Lara quedaron en la fortaleza, existían dos seres cuyas almas latían con la fe de un amor sublime; existían Lucía Miranda y Sebastián Hurtado, esposos cuya unión había santificado la Iglesia mucho antes de venir a América.

Lucía Miranda, la Ines de Castro del Río de la Plata, como la llama Mitre, era una mujer que, con decir que había nacido en Andalucía, está hecho el elogio de su gracia y avebadora hermosa, y era además arco santa, en la cual

se conservaban unidas la belleza del cuerpo y la belleza seráfica del alma. Guicá Miranda, ese ejemplo de amor conyugal y de virtud ferrente, sufría con resignada paciencia la amargura de una vida aislada, pero sin entibiarse en lo mas mínimo el amor a Guitudo, que la pagaba con iguales transportes de entusiasmo y de cariño.

Marangoré, entre tanto, el jefe de la tribu vencida, se encontraba presa de la mayor desesperación. Desde el fatal instante de su derrota, y como en el fondo de los volcanes la lava, bullían en su alma, dos pasiones: odio al conquistador, cuya bandera venía a disputarle sus dominios, y amor hacia Guicá, hacia la diosa blanca de sin par belleza, por cuya posesión estaba dispuesto a sacrificarlo todo, hasta la vida, si preciso fuera. El salvaje, como pago a su amor, solo llega, a obtener el convencimiento de que la virtud de Guicá era invencible; y entonces juró vengarse de los desprecios recibidos y vuelve a su campo que para concertar el modo de llevar a cabo el exterminio de los que guardan el tesoro que tanto codicia.

Allí en las soledades de su aduar, pide consejo a su hermano Siripo; cuéntale las penas que lo devoran, y de común acuerdo concertan el plan siguiente: apenas aromase la luz del alba, Marangoré se presentaría en el fuerte acompañado de treinta manebos del Cimbrú, los cuales irían cargados de viveres que ofrecerían a los españoles. Aceptada la ofrenda y una vez dentro del baluarte, Marangoré atacaría repentinamente a sus enemigos, y Siripo, apostado en las inmediaciones, protegería con tres mil de los suyos la traición concertada, que tendría seguramente por fin exterminar a los contrarios y robar a Guicá, así también también como a las demas mujeres que a los cristianos acompañaban.

Marangoré se presenta en el baluarte; habla con lealtad fingida; acepta para con gratitud sincera los presentes; brinda con un puesto en su modesta mesa, y ofrece además al cacique, cama donde reposar de las fatigas del viaje.

Aquella franca hospitalidad tuvo por recompensa la mas negra de las venganzas y la lucha fue tremenda. Los españoles se defendieron con heroicidad; el mismo Marangoré cayó muerto a un golpe de Saca, que poco despues sucumbió tambien; y Siripo concluye por incendiar el castillo y apoderarse de un rico botín, del que formaba parte, con otras mujeres, la desgraciada e infeliz Lucia.

Regresa Hurtado y cual no fue su sorpresa al encontrar ruinas en vez de la fortaleza, busca a su esposa y solo tropieza con los despojos de la muerte. Se lanza en busca de su esposa, al fin la encuentra, pero esclava del salvaje furibundo y sufriendo los mas crueles dolores.

Siripo se arroja a los pies de Lucia y le asegura que será libre siempre que consintiere en hacer felices sus dias con su mano. Con aire severo y desdenoso rechaza su proposición y prefiere la esclavitud. Al partir desde el instante que Hurtado se encuentra con Lucia, la tragedia adquiere un interés extraordinario, despiertanse los celos en el alma de Siripo y decreta la muerte de su rival. Entonces, Lucia por salvar a su esposo, renuncia al tono altivo con que trataba al salvaje; llora, suplica y consigue la revocación de la terrible desgracia. Pero con una condición: que los esposos han de renunciar para siempre al lazo que los une y que Hurtado ha de tomar mujer nueva entre los que viven en la tribu. El cariño se sobrepone a todo y el aparente desprecio de Lucia desaparece para dar lugar, durante las ausencias de Siripo, a escenas en que brilla la fidelidad que tenía jurada al desgraciado capitán. Conocidos los extremos a que llegaba pasión tan inextinguible, el cacique mandó arrojar a Lucia en una hoguera y hace que su esposo sucumba barbaramente asertado.

## Coplas o Cantares populares.

"Todos pagan la traición  
Con el odio y el funeral;  
Yo te pagué el mismo mal  
Con el amor y el perdón."

(Ramón de Campoamor)

"Ni contigo ni sin ti  
Bienen mis males remedio:  
Contigo porque me matas,  
Y sin ti porque me muero."

(Pedro Marquina).

"Si las mujeres tuvieran  
La libertad de los hombres,  
Salieran a los caminos  
A robar los corazones."

"Don pajarito alegre  
Pico en tu boca  
Crependo que tus labios  
Eran dos rosas."

"La muerte no me da miedo  
Aunque la encuentre en la calle,  
Que sin licencia de Dios  
La muerte no mata a nadie."

(Ramón de Campoamor)

Me distes agua a beber  
En la cuenca de tus manos;  
A mielas me supo el agua,  
A gloria me supo el vaso."

(Pedro Marquina)

"Piedrecita de tu calle,  
Serena quisiera ser,  
Para que tu me pisaras  
Y yo besarte los pies."

"Para bailar el gato  
Se necesita  
Que sean un buen criollo  
Y una criollita."

